7 kilómetros arriba

La tarde iba cediendo y destiñendo su tornasol frente al muro. El sol ardiente de la siesta había recalentado el concreto.

Unos pescadores lugareños ven el reflejo de dos luces que salen desde el fondo del lago y alumbran a su alrededor, luces que a medida que el sol va rotando, destellan intermitencias.

El lago presenta su superficie como un espejo, en el que se refleja el verde circundante.

El ocaso va imponiendo su presencia.

- ¡Ni una gota de viento! Dice Cacho.
- ¿Viste eso?- responde Chule señalando las luminiscencias que salen del agua.

Meses atrás el pueblo se había sorprendido con la aparición en el lago de “la jirafa" que con

la sequía desperezó su cabeza y la levantó enhiesta. La jirafa resultó ser una de las grúas que utilizaron en la construcción del medallón y que después de una creciente repentina quedó para siempre sumergida entre la desembocadura del rio Candelaria y el murallón del dique que fuera inaugurado allá por el cuarenta y cuatro y cuya altura suele oscilar hasta alcanzar los cuarenta metros pero que en épocas de sequía las piedras rasguña.

Ese dique que fuera fuente de vida y trabajo. El dique cuya construcción dirigiera Benjamín Reolin, ese dique que lloró algunos muertos desde su construcción y que en el setenta y seis y en el ochenta dio voces de peligro, amén de otras voces.

Los pescadores miran ensimismados hacia el agua. Cada uno ubicado en cada ondulación del mmurallón. Las cañas proyectan sombra y pescador y caña semejan figuras mitológicas o gárgolas sobre el muro.

El ritual de la pesca para algunos es deporte: tienen líneas nuevas, anzuelos de gran variedad y estilo; contrapesos, bayas, flotadores y corchos, distintos tipos de carnada, cañas con carretes seleccionados meticulosamente, caja de equipo acorde a la ocasión y un atuendo con logos dignos de pasarela. Pero hay otros que con una cañita tacuara, una tanza delgadita, un anzuelito gastado y una bolsita de camarones, lombrices o chatos y un canasto van en

búsqueda de alimento para compartir entre vecinos. Entre este último grupo se encuentran Chule y Cacho, ambos están pescando en el mismo arco.

Están mirando el agua cuando uno le dice al otro:

- ¡Chule, mirá!
- ¡Sí, ya los vi!

Chule había ido al dique para buscar el semanal alimento y Cacho, compañero de algunas andanzas no pudo rechazar su invitación.

Al vislumbrar sobre el lago las luces realizaron mil y una especulación, primero: que si el reflejo era de algas, que si eran estrellas tempranas, que si eran dorados, y hasta consideraron la posibilidad de criaturas ajenas a la superficie terrestre.

Después de un rato de guardar silencio y viendo que los otros pescadores iban levantando sus equipos, guardando lo obtenido después de una tarde de buen pique.

Prendieron farolito que habían traído.

-Creo que ya sé qué pueden ser esos dos destellos.

-¿Ah?

- Sí. Creo que por fin despertaron de su letargo.

Con cara de nada, Cacho, ajeno a las elucubraciones del otro pide que le aclare.

- Para mí son los bustos de bronce que botaron allá por el cincuenta y cinco.
- ¿Bustos de bronce? ¿Bustos de bronce en el agua?
- Y un sí lacónico rasgó el diálogo.
- Explicame, che.

  Chule seguía mirando hacia el agua.
- Mi viejo me contó que con la Libertadora, los ánimos se caldearon y me contaba que los rencores se enardecieron y los primeros en contener la furia de algunos fueron los bustos que estaban en la ruta, en una de las escuelas y en el andén del ferrocarril. Los arrancaron y se los llevaron a rastra atada con cadenas, tirada por una camioneta hasta aquí.

Decían que los baches que hay en el camino de la rotonda, ¿viste? – y con el dedo comienza a señalar hacia el lugar-; lo han provocado los golpes que daban las cabezas contra el asfalto y que con nombre y apellido la voz del pueblo sabe quiénes fueron los que hicieron semejante fechuría al arrancar de cuajo del pedestal, los bustos de bronce. También contaba que hubo otros bustos que terminaron perdidos.

Decía que en una farmacia, cuando cambiaron de dueños, encontraron en el entretecho del desván una caja con dos bustos y que en el afán de no comprometerse, los nuevos dueños, se deshicieron de la caja en el basural.

Cacho escucha atento lo referido por el amigo y trata de articular sus "conocimientos previos" entornando los ojos.

- ¿Y? - dijo Cacho.
- Y nada más Cacho, que me parece que después de tanto tiempo parece hasta lógico que esas luces avisen que algo debe transformarse. Quizás si acusamos recibo y llevamos 7 kilómetros abajo la novedad, algo mejore aunque sea por milagro.
- Pero vos Chule si que haces algo para mejorar la realidad. ¡Lo del merendero es digno de aplauso!
- ¡Qué va! No tendrían que existir los

  Merenderos pero me rompe el alma que los chicos no tengan qué comer.

  Empecé pescando para los míos… con la huerta y las manos amigas y bueno… ¡Al memos los chicos, así llenan la pancita!

  Alguien dice que es solidaridad. ¡Que va! Yo digo que es amor y misión en la vida. ¿Si no venimos para ayudar a otros, para qué venimos? ¿Para qué, Cacho?

  Cacho abre cada vez más grandes los ojos y levanta las cejas.
- Se ve que los peces se han ido. Levantamos todo ya. Aparte se va cerrando la noche y esas luces, si bien me traen esperanza es como que parecen más vivas…
- ¿Volvemos mañana?
- No, seguro el viernes porque si no alcanza lo que nos dan, lo pescado viene bien.
- Pero ¿cómo vamos a saber por qué brilla el agua?
- ¡Yo lo calculo y eso me basta!

  Seguro el viernes, cuando regresemos volverán a brillar y seguirán brillando.

- ¿Y qué vamos a hacer?

-Nada…va… ¿Queres venir a dar una mano en el merendero?

-Bueno.

Por el camino hacia la plaza, 7 km más abajo, dieron vuelta las cabezas en dirección hacia el dique y divisaron dos luces resplandecientes que se elevaban hacia el cielo.

-